

AGENDA CIUDADANA

UN ENCUENTRO CON LA DIASPORA MEXICANA

Lorenzo Meyer

La Experiencia Directa.- El cambiar de centro de trabajo, ciudad y país, abre la posibilidad de descubrir mediterráneos, incluso en esta época en que la civilización global hace imposible a Marco Polo al transformarnos a todos, querámoslo o no, en miembros de un sólo y único sistema económico. Uno de los mediterráneos que cualquiera puede descubrir en la California norteamericana, es el de la gran diáspora mexicana de fines del siglo XX.

La Diáspora Mexicana.- La migración mexicana a los Estados Unidos ha sido calculada recientemente por una comisión oficial binacional en más de ocho pero menos de nueve millones de personas. Ese cálculo, hecho por expertos y al que se llegó después de fieras batallas entre especialistas (a los americanos les interesaba una cifra alta que justificara las políticas contra los inmigrantes indocumentados y a los mexicanos les interesaba lo contrario) hizo desaparecer las especulaciones que situaban a la migración documentada e indocumentada mexicana en Estados Unidos en 15 o más millones de personas. Sin embargo, y pese a las nuevas cifras, para un buen número de ciudadanos norteamericanos simplemente sigue habiendo demasiados "hispanos" al norte del Río Bravo. Según las estimaciones oficiales más recientes, en 1997 la población clasificada de esa manera, como "hispana", que vivía en Estados Unidos sumaba ya 29.7 millones de personas, es decir, el 11% de la población total del país. Dentro de esa

gran minoría, también llamada "latina", los mexicanos y norteamericanos de origen mexicano, son la mayoría. Y eso se ve particularmente claro en California, el estado de la Unión Americana a donde siguen llegando la mayoría de los mexicanos, pese a los altos costos que la Patrulla Fronteriza está haciendo pagar a los indocumentados que cruzan la frontera por sitios cada vez más peligrosos: en el último año se han reportado varias decenas de muertes de indocumentados que buscan la forma de eludir a la Patrulla Fronteriza en el ardiente desierto californiano.

Según los datos oficiales de 1996, California era el estado norteamericano donde más "hispanos" vivían: 9.6 millones, seguido por Texas, con 5.5 millones. Sin embargo, al finalizar el siglo XX, la tendencia de los inmigrantes mexicanos es dejar de concentrarse en California y Texas para moverse más al norte: a Nevada, Oregón, Idaho o Nebraska y al este: a Tennessee, Georgia, Carolina del Norte e, incluso, Vermont. Desde luego que ya están también en Canadá, aunque ahí aún no son muchos y están documentados, pero nadie puede asegurar que las cosas no puedan cambiar en el futuro cercano.

Al ver transformada su vecindario "de la noche a la mañana" por la migración de latinos, --básicamente mexicanos--, A Terry Hogan, un residente de Siler City, una comunidad rural en Carolina del Norte, le es realmente difícil imaginar "que aún queda alguien viviendo en México", pues desde su óptica personal, resulta que ya toda la población del país vecino del sur cruzó la frontera para internarse en Estados Unidos. El barrio del Sr. Hogan, tradicionalmente

habitado por “blancos” anglosajones, es hoy casi totalmente mexicano y su pequeña ciudad, que en 1990 tenía registrada como “latina” únicamente al 4% de la población, en este año tiene ya una proporción diez veces superior, es decir, el 40%. En Lexington, Nebraska, con una población total de 10, 000, el fenómeno es similar: del 5% pasó al 45% en el mismo período; en Dalton, Georgia, la cifra aumentó del 6% al 33% en tanto que en la famosa Dodge City, de Kansas, el salto fue del 19% al 40% (*San José Mercury News*, 17 de agosto).

Las Razones.- Los mexicanos, aunque pocos, ya estaban en el sudoeste norteamericano cuando llegaron los norteamericanos, de ahí algunos de los nombres de las localidades: Pinole, Las Pulgas Road, Chiquita Avenue o Panchita Way, por sólo mencionar algunos. Sin embargo, la verdadera ola mexicana a estas costas californianas –“invasión” o “pérdida del control de la frontera” le llaman hoy sus oponentes-- se inició cuando el desierto dejó de ser el espacio que separó por siglos a los dominios españoles de los ingleses en la América del Norte. Los ferrocarriles, el crecimiento demográfico mexicano y el diferencial creciente entre los salarios pagados a la mano de obra en ambos lados de la frontera –producto, a su vez, de las diferencias entre una economía que se quedó en el subdesarrollo y otra que sustituyó a la inglesa como centro del sistema económico mundial– fueron la mezcla que desde inicios del siglo impulsó a los mexicanos a dejar su tierra y aventurarse en este otro mundo donde se les ha discriminado pero se les ha pagado mucho mejor que en su propio país. Con casi cien millones de habitantes, una buena parte de ellos jóvenes y una economía que

no se recupera desde 1982, México expulsa anualmente a miles de trabajadores y, por razones geográficas, es hoy el gran proveedor de mano de obra barata en Estados Unidos.

Se trata de una mano de obra que, en la vida cotidiana y pese al rechazo legal y social, es aceptada con gran facilidad por los que pueden usar su plusvalía, que es mucha. Como la economía norteamericana sigue creciendo mientras Asia, Latinoamérica o Rusia se ven plagados de problemas, en California prácticamente todos los comercios y sitios que usan de manera intensiva mano de obra no calificada o semicalificada, se ven letreros que anuncian que se desea contratar a nuevos trabajadores, especialmente si se les puede pagar el salario mínimo o aún menos. Si uno se adentra, por ejemplo, en el taller de un gran concesionario de autos en Mountain View o en Los Altos y pregunta cuantos de los mecánicos en sus talleres son mexicanos o de origen mexicano, la respuesta que se obtiene bien puede ser: el 25%; desde luego que en otro tipo de actividades, donde la preparación requerida es menor, la proporción puede aumentar al doble o triple, por ejemplo, en ciertas ramas de la construcción o servicios, como los de jardinería limpieza de edificios o recolección de basura.

Con salarios que van de poco menos de cinco dólares la hora por lavar autos en California a poco más de ocho por destripar pollos o cortar y empacar carne en Wisconsin, no es de extrañar que muchos mexicanos arriesguen hasta la vida por llegar a esos lugares donde les esperan trabajos duros, peligrosos y monótonos, y desde los cuales les será difícil, sino es que imposible, incorporarse

al gran cauce (*maine stream*) de la vida comunitaria que les rodea. Pese a todo, trabajan con un empeño notable, propio del que ha luchado mucho por llegar a donde está pero que, a la vez, sabe bien que debe y está dispuesto a sudar mucho para lograr lo que busca: trabajo y un nivel de vida mejor al que tiene.

Solidaridad.- Las dificultades que toda minoría en el fondo de la escala social experimenta en un medio social tan diferente al propio como es el norteamericano para el mexicano, tiende a desarrollar, como defensa, actitudes que en su país de origen no eran cultivadas con esmero. Una de ellas es la solidaridad. En realidad, lo que más llama la atención al mexicano recién llegado a California --y, supongo, que el fenómeno no es privativo de este estado— es la buena voluntad de los mexicanos hacia sus conciudadanos en cuanto ambos se identifican como tales. A diferencia de lo que ocurre en México, en Estados Unidos no es raro que un mexicano deje por un momento su trabajo para mostrarle a otro, físicamente, el mejor camino y medio para llegar a la dirección que busca. En una tienda, el servicio rutinario puede mejorar, e incluso las reglas se pueden cambiar un poco en favor del cliente –por ejemplo, en la devolución de algún artículo—, si el empleado y el comprador se identifican como mexicanos o “hispanos”, pues el paisanaje abarca en muchos casos a “hispanos” que ya son norteamericanos de segunda o tercera generación. En ciertos casos, ya sea en la tintorería o en la contratación de un seguro, por ejemplo, se hacen descuentos justamente porque en la transacción, las partes se identificaron como mexicanas. No se si en otras comunidades también sea el caso, pero en el área de la bahía de

San Francisco, esa buena voluntad hacia el otro por razones de origen nacional, suele incluir a los centroamericanos.

Las Dos Californias.- Y es así, con ayuda mutua, con solidaridad, como aumentan las posibilidades de sobrevivir en un medio extraño y a veces hostil, lo que no necesariamente significa que la vida dentro de las zonas predominantemente mexicanas sea idílica ni mucho menos. Por ejemplo, Palo Alto, donde está la Universidad de Stanford y East Palo Alto, son dos comunidades vecinas que están formalmente divididas por una simple carretera, la 101, pero en la realidad se trata de una brutal división social y cultural; de un lado jardines muy bien cuidados y mansiones con valor cercano o superior al millón de dólares; por el otro, mucho menos verdor, más basura y las pequeñas viviendas propias de los que en Estados Unidos se encuentran en el fondo de la escala social. En East Palo Alto habitan, evidentemente, un buen número de familias mexicanas y negras que trabajan en los servicios que mantienen tan bien al otro Palo Alto, el de la alta tecnología, los buenos negocios y la vida académica de excelencia. Pues bien, en esa zona de minorías --East Palo Alto-- también se tiene uno de los mayores índices de criminalidad del estado (un informante me aseguró que se trata de uno de los mayores índices de criminalidad en el país en su conjunto).

Hace tiempo que Jorge Castañeda, entre otros, observó que la California norteamericana --un estado tan grande y tan desarrollado que bien podría ser un país independiente y contarse entre las grandes potencias--, se ha convertido en una sociedad más dual de lo que es común en este mundo de economía mundial

concentradora de la riqueza y los ingresos. La California rica (afluente, como se dice por acá) está parcialmente montada, para sus servicios, sobre una base –bien se podría decir un sótano– de migrantes ilegales, básicamente mexicanos que carecen de derechos políticos. Son estos mexicanos parte importante de la sociedad californiana en muchos sentidos –recogen sus cosechas, limpian sus oficinas, construyen sus casas, atienden en los restaurantes, almacenes y supermercados, cuidan sus jardines, pavimentan sus calles y mil cosas más-- pero su carácter de indocumentados, aunado a la diferencia de lengua, cultura e ingreso, les mantiene cerrado el círculo de las decisiones que les afectan de manera inmediata y directa: política educativa o el gasto en salud pública a nivel local y estatal, por mencionar sólo dos ejemplos conspicuos.

La experiencia mexicana, especialmente en California o Texas, no es muy diferente de la que tuvieron o tienen otros inmigrantes a Estados Unidos, salvo por una cosa: la cercanía con su país de origen. El inmigrante chino o japonés que a inicio del siglo dejó su lugar de origen para buscar una mejor situación en la costa oeste de Estados Unidos, sabía que el regreso sería muy difícil por no decir que imposible. En contraste, ese no es el caso del muchacho de Ciudad Netzahualcoyotl que, sin saber inglés, bajo un sol quemante y a las órdenes de un capataz norteamericano, extiende rápido el asfalto debajo de la ventana de mi oficina en Stanford. El, como muchos otros en situaciones similares puede volver a casa y quizá, a diferencia de asiáticos o europeos, lo puedan hacer para reinternarse luego a Estados Unidos, aunque cada vez le será más difícil en una

frontera muy vigilada. En cualquier caso, la integración de los mexicanos en y a los Estados Unidos, especialmente en el sudoeste, seguirá una ruta muy diferente de la que recorrieron otras minorías de inmigrantes que les precedieron.

¿Y el Gobierno?- El gobierno mexicano, que internamente hace poco o nada por sus ciudadanos menos afortunados, tampoco puede hacer gran cosa por ellos cuando emigran sin documentos a Estados Unidos. Buenos cónsules apoyados por un equipo adecuado, algo pueden influir en casos de maltrato, pero es el factor de ilegalidad el que afecta más negativamente la calidad de la vida del mexicano en Estados Unidos y sobre él sólo los norteamericanos pueden decidir y actuar.

El problema de la migración ha estado en la agenda mexicano-americana desde la época de Carranza, y todo indica que ahí va a seguir. La economía mexicana simplemente no puede absorber bien a toda la fuerza de trabajo disponible y la economía norteamericana, por su parte, sigue aceptando al indocumentado que logra superar todas las trabas que se le ponen. El verdadero problema, el choque fuerte, va a tener lugar cuando la economía norteamericana deje de crecer y resurja el espectro del desempleo y la expulsión. Pero no hay que sufrir por adelantado, con los problemas que efectivamente existen tenemos de sobra.

